



SOBRE UN TRONO DE EXCELSA MAGESTAD, MUY SUPERIOR EN ESPLENDIDEZ.....

## LIBRO SEGUNDO

### ARGUMENTO

Congregado el Consejo, consúltale Satan sobre si deberá aventurarse otra batalla para recobrar el cielo: algunos son de este parecer; mas no todos opinan lo mismo. Prefieren otro recurso indicado ántes por Satan, que consiste en averiguar la verdad de aquella profecía ó tradicion del cielo relativa á otro mundo y otra especie de criaturas, iguales, ó no muy inferiores á los ángeles, y que debian crearse por aquel tiempo. Dudan respecto á quién se encargará de tan difícil empresa; pero Satan se ofrece á hacer solo el viaje, y prorumpen todos en demostraciones de aplauso y júbilo. Terminado así el consejo, retíranse los espíritus por diferentes caminos, para dedicarse á ocupaciones diversas, segun las aficiones de cada cual, y para dar tiempo á que vuelva Satanás. Llega éste entre tanto á las puertas del infierno, que encuentra cerradas. Refiérese quiénes estaban allí para guardarlas, y cómo, abriéndoselas al fin, le muestran el gran abismo que hay entre el infierno y el cielo. Atraviésalo con gran dificultad, guiado por el Cáos, soberano de aquel lugar, hasta que llega á la vista del nuevo mundo que buscaba.

En un trono de excelsa majestad, muy superior en esplendidez á todas las riquezas de Ormuz y de la India<sup>1</sup>, y de las regiones en que el suntuoso Oriente vierte con opulenta mano sobre sus reyes bárbaros perlas y oro<sup>2</sup>, encúbrase Satan, exaltado por sus méritos á tan impia eminencia; y aunque la desesperacion le ha puesto en dignidad tal como no podia esperar, todavia ambiciona mayor altura; y tenaz en su inútil guerra contra los cielos, no escarmentado por el desastre, da rienda asi á su altiva imaginacion:

« ¡Potestades y dominaciones, númenes celestiales! Pues no hay abismo que pueda sujetar en sus antros vigor tan inmortal como el nuestro, aunque oprimido y postrado ahora, no doy por perdido el cielo. Despues de esta humillacion, se levantarán las virtudes celestes más gloriosas y formidables que antes de su caida, y se asegurarán por si mismas del temor de una segunda catástrofe. Aunque la justicia de mi derecho y las leyes constantes del cielo me designaron desde luego como vuestro caudillo, lo soy tambien por vuestra libre eleccion, y por los méritos que haya podido contraer en el consejo ó en el combate; de modo que nuestra pérdida se ha reparado, en gran parte al ménos,

(1) Se refiere á las piedras preciosas procedentes de la India, y cuyo principal empório se hallaba en Ormuz, isla del golfo Pérsico.

(2) Era costumbre y ceremonia en Oriente, cuando se coronaban sus reyes, echar polvos de oro y perlas sobre sus cabezas.

dado que me coloca en un trono más seguro, no envidiado, y cedido con pleno consentimiento. En el cielo, el que más feliz es por su elevacion y su dignidad, puede excitar la envidia de un inferior cualquiera; pero aquí, ¿quién ha de envidiar al que, ocupando el lugar más alto, se halla más expuesto, por ser vuestro antimural, á los tiros del Tonante, y condenado á sufrir lo más duro de estos tormentos interminables? Donde no hay ningun bien que disputar, no puede alzarse en guerra faccion alguna, pues nadie reclamará, seguramente, el bienestar del infierno; nadie tiene escasa participacion en la pena actual, para codiciar, por espíritu de ambicion, otra más grande. Con esta ventaja, pues, para nuestra union, esta fe ciega é indisoluble concordia, que no se conocerán mayores en el cielo, venimos ya á reclamar nuestra antigua herencia, más seguros de triunfar que si nos lo asegurase el triunfo mismo. Pero cuál sea el medio mejor, si la guerra abierta ó la guerra oculta, ahora lo examinaremos: hable quien se sienta capaz de dar consejo.»

Calló Satan, y hallándose inmediato Moloch, rey que empuñaba cetro, se puso en pié. Era el más denodado y soberbio de todos los espíritus que combatieron en el cielo, y su desesperacion le comunicaba ahora mayor fiereza. Pretendia ser igual en poderio al Eterno, y ántes que reputarse inferior, dejar de existir, porque sin este cuidado, nada tenia que le intimidase. Menospreciaba á Dios, y el infierno y cuanto hubiese más horroroso que éste; y así prorumpió en los siguientes términos:

« ¡Guerra abierta! éste es mi parecer. No soy experto en ardidés, ni me glorio de tal. Conspiren los que lo necesiten, mas cuando sea necesario, no ahora. Pues qué! mientras ellos sosegadamente urden sus tramas, ¿han de permanecer en pié y armados millones de espíritus que, ansiando la señal de desplegar sus alas, yacen aquí expatriados del cielo, sin más morada que esta sombría caverna, destierro infame, y prision de un tirano que reina por nuestra apatia? No; prefiramos armarnos del furor y las llamas del infierno; abrámonos todos á la vez, sobre las elevadas torres del cielo, un camino en que no pueda oponernos resistencia, transformando nuestros tormentos en horribles armas contra el verdugo; que al estrépito de sus poderosos rayos responda nuestro infernal trueno, y vea los relámpagos convertidos en negra y horrorosa llama lanzada con igual rábía contra sus ángeles, y hasta su mismo trono envuelto entre el azufre del Tártaro y el extraño fuego que inventó para atormentarnos. Parecerá acaso difícil

y escarpado el camino para escalar con seguro vuelo la altura de enemigo tan poderoso; pero recuerden los que esto crean, si no están aletargados aún con el soñoliento vapor de este lago del olvido, que por nuestro propio impulso nos elevamos á nuestra primitiva morada, y que el bajar y caer son contra nuestra naturaleza; pues cuando últimamente el fiero Enemigo daba sobre nuestra destrozada retaguardia, insultándonos y persiguiéndonos á través del abismo, ¿quién no sintió cuán pesado era nuestro vuelo al sumirnos en este precipicio? El ascender, pues, nos será muy fácil.

»Témese el resultado de provocar á quien es tan fuerte para que imagine en su cólera algun recurso que acabe de aniquilarnos, si es dable en este lugar mayor anonadamiento; pero ¿qué mal más grande que existir aquí privados de todo bien, y condenados á eterna maldicion en este antro odioso, donde nos abrasa inextinguible fuego, sin esperanza de ver el fin, esclavos de sus iras, y á merced del látigo inexorable cuando llega la hora de los tormentos<sup>1</sup>? Mayor castigo que el presente seria un extremo tal, que feneceríamos. Pues ¿qué tememos? ¿Por qué vacilamos en excitar su furor postrero, que siendo más violento nos consumirá del todo, reduciendo á la nada nuestra existencia? Preferible es esto á vivir miserables perpetuamente. Y si nuestra naturaleza es en realidad divina y no puede dejar de serlo, nos hallamos en peor condicion que si nada fuésemos, y tenemos la prueba de que nuestro poder basta para trastornar el cielo, alarmando con incesantes asaltos aquel trono fatal, aunque inaccesible; lo cual, ya que no victoria, por lo ménos será venganza.»

No dijo más; y frunciendo el ceño, brillaron sus ojos en sed de inextinguible venganza y tremenda lid peligrosa para todos los seres inferiores á los dioses. Del lado opuesto se levantó Belial, en ademan más gracioso y ménos fiero.

Jamás se vieron privados los cielos de tan hermosa criatura: parecia estar predestinado á las dignidades y los grandes hechos, pero todo era en él ficcion y vanidad, por más que destilase maná su lengua, y diera apariencias de cuerdos á los más falsos razonamientos, torciendo y frustrando los consejos más acertados. Era de pensamientos humildes, ingenioso para el vicio, tímido y lento para toda accion generosa; pero sabia halagar los oídos, y con persuasivo acento comenzó así:

(1) Supone aquí Milton que los tormentos de los condenados no son continuos, sino que tienen algunas intermisiones.

«Desde luego ¡oh principes! estaria yo por la guerra á muerte, que en aborrecimiento no cedo á nadie, si lo que se alega como suprema razon para resolvernos á una guerra inmediata, no me disuadiera más, y no me pareciese en último resultado de siniestro agüero. El que más se distingue como guerrero, desconfiando de su consejo y su propia fuerza, funda todo su valor en la desesperacion, y prefiere un completo aniquilamiento; pero ante todo ¿cómo nos vengaremos? Las torres del cielo están llenas de centinelas armados que hacen imposible todo acceso, y con frecuencia acampan sus legiones al borde del abismo, ó con sombrío vuelo exploran por do quiera los reinos de la noche, sin temor á sorpresa alguna; y aun cuando nos abriéramos un camino por la fuerza, aunque todo el infierno se arrojara tras nosotros para oscurecer con sus tinieblas la purísima luz del cielo, permanecería nuestro Enemigo incorruptible sobre su incólume trono, y la sustancia etérea, libre de toda mancha, rechazaría en breve la agresion, sirviendo nuestro fuego para alumbrar su triunfo.

»Una vez repelidos, nuestra última esperanza será el colmo de la desesperacion. Y ¿hemos de excitar al poderoso Vencedor á que apure su cólera y acabe con nosotros? ¿Ha de ser el dejar de existir nuestro solo anhelo? ¡Triste remedio! porque ¿quién querría perder, á pesar de cuanto padecemos, este ser inteligente, este pensamiento que abarca toda la eternidad, para perecer sepultados y perdidos en las profundas entrañas de perpétua noche, insensibles á todo y gimiendo en completa inercia? Y ¿quién sabe, dado que esto nos conviniera, si nuestro airado Enemigo podrá y querrá concedernos semejante muerte? Que pueda es dudoso; que no lo consentirá jamás, es seguro. Siendo tan previsor, ¿cómo ha de resolverse á deponer de pronto su ira, simulando impotencia ó descuido, para conceder á sus enemigos lo que desean, ó aniquilar en su cólera á aquellos á quienes preserva su cólera misma á fin de castigarlos eternamente?

»¿Por qué, pues, vacilamos? dicen los que aconsejan la guerra: estamos condenados, proscritos, destinados á una eterna desgracia. Como quiera que procedamos, ¿qué más podemos sufrir, qué castigo habrá mayor que éste? ¿Tan extremo infortunio es por ventura hallarnos aquí sentados y deliberando armados? ¡Ah! cuando huíamos atropelladamente, perseguidos y abrasados por el tremendo rayo del cielo, y suplicábamos al abismo que nos acogiese, parecíanos este infierno un consuelo para nuestras heridas; y cuando nos hallábamos encadenados en el hirviente lago ¿no era seguramente peor nuestra situacion? ¿Qué sería si se

reanimase el hálito que encendió aquel funesto fuego, comunicándole una intensidad siete veces mayor, y de nuevo nos sumergiese dentro de las llamas, ó si la interrumpida venganza del Dominador supremo armase otra vez su encendida diestra para atormentarnos? ¿Qué, si se abriesen los diques de su cólera, y si el firmamento que se extiende sobre el infierno vertiera sobre nuestras cabezas el fuego de sus cataratas, y cuantos horrores nos amenazaban un día con su espantoso castigo? Mientras proyectamos ahora ó aconsejamos una gloriosa guerra, quizá se está formando abrasadora tempestad, en que nos veremos envueltos, y clavados sobre las rocas para ser juguete y presa de furiosos torbellinos, ó sepultados para siempre y cargados de cadenas en este abrasado océano. A solas entónces con nuestros incesantes gemidos, sin tregua, ni reposo, ni compasion, durante siglos que no es de esperar acaben, ¡cuánto mayor será nuestra desventura! Debo, pues, disuadiros de la guerra así franca como encubierta; porque ¿de qué servirán ni astucia ni fuerza en semejante empeño? ¿Quién burlará la perspicacia de Aquel cuyos ojos lo abarcan todo de una sola mirada? Contemplándonos está desde la altura de los cielos, y menosprecia nuestras inútiles tentativas, dado que su poder es tan omnipotente para resistir á nuestras fuerzas, como para destruir todas nuestras tramas y conatos.

»¿Luego viviremos envilecidos, y aunque hijos del cielo, ultrajados de esta suerte y condenados á destierro, y á sufrir en él estas cadenas y tormentos? Preferible es en mi juicio á otro mal más grande, pues el hado y sus decretos irrevocables nos someten á la voluntad del Vencedor. Fuerza tenemos para sufrir lo mismo que para obrar; la ley que lo ha ordenado así, no es injusta, y esto hubiéramos debido comprender desde el principio, y ser cautos, ántes que mover guerra á Enemigo tan poderoso, y cuando su resultado era tan incierto.

»Riome de los que tan audaces y hábiles son en manejar la lanza, y cuando ésta les falta, se amilanan, y temen que sobrevenga lo que saben que ha de sobrevenir: destierro, ignominia, cadenas y castigos, sujecion á que los somete su Vencedor. Tal es ahora nuestra suerte, y si á ella nos sometiésemos resignados, lograríamos quizá desarmar en cierto modo la cólera de nuestro supremo Enemigo; y tal vez hallándonos tan lejos de su presencia é inofensivos, se olvidará de nosotros, ya satisfecho de su justicia; y si su aliento no le incita, se templará el voraz fuego que nos consume; y purificada nuestra esencia, no participará de este vapor mefítico, se habituará á él, para no sentirlo, ó final-